Mauricio
Y LOS OJOS VERDES

Un pacto de amor entre la herida y la eternidad

ROSA CUETO

MAURICIO Y LOS OJOS VERDES
Un pacto de amor entre la herida y la eternidad

© 2026 Cándida Rosa Cueto

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin la autorización previa y por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas, artículos o trabajos de carácter crítico.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, acontecimientos, situaciones y diálogos que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Autora: Cándida Rosa Cueto

Primera edición: 2025

ISBN: 9789403945767

Diseño de portada: Yulieth Gómez

Todos los derechos reservados.

INTRODUCCIÓN

Querido lector:

Hay amores que no terminan, solo cambian de forma.

Mauricio y los ojos verdes es una novela para quienes creen que el amor verdadero puede habitar tanto en la vida como en la memoria.

Romántica, espiritual y profundamente humana, esta historia te invita a recorrer el alma de sus personajes hasta descubrir que, incluso cuando el cuerpo calla, el amor sigue escribiendo su propia postdata: te amo… más allá del amor.

INDICE

Capítulo 1. - El descubrimiento 9
Capítulo 2. - Los ojos verdes 19
Capítulo 3. - Un teorema entre sonrisas 29
Capítulo 4. - El juego de la manipulación 39
Capítulo 5. - El jardín de la reconciliación 47
Capítulo 6. - Manuel, el aprendiz 57
Capítulo 7. - Sombras de Europa 67
Capítulo 8. - La tormenta en el laboratorio 77
Capítulo 9. - La caída de Ada 87
Capítulo 10. - Cuando la luz se apaga 95
Capítulo 11. - El pacto eterno 105
Capítulo 12. - El despertar del abismo 113
Capítulo 13. - El proyecto de vida 121
Capítulo 14. - El eco del pacto 133
Capítulo 15. - El silencio del amor que no se atreve a nacer 143
Capítulo 16. - El murmullo de los que aman 151
Capítulo 17. - La boda de Sylbia 159
Capítulo 18. - El amor en su segunda forma 167
Capítulo 19. - La batalla invisible 175
Capítulo 20. - El último viaje de Mauricio 185
Epílogo 193

— El despertar del alma

Capítulo 1.
– El descubrimiento

No quisiera yo, lector amable, comenzar esta historia con palabras de lamento, sino con la alegría ingenua de un joven que, al hallar su primera novia en los pasillos de una universidad, creyó haber descubierto no ya a una chica de carne y hueso, sino a la mismísima diosa de la sabiduría y del amor mezclados en un solo cuerpo.

Esta chica, cuyo nombre no revelaré por ahora —porque el secreto, a veces, es el mejor maestro—, sintió desde el primer día de clase que alguien la miraba. Le sonrió, pero no de inmediato; en cierta forma, aquella mirada le molestó, pues ese día no estaba dispuesta a entablar amistad.

Pasaron los días y ella apenas respondía a las miradas insistentes que Mauricio le dirigía. Prefería elegir no ser elegida, pues así podía decidir cómo y cuándo empezar un juego.

Una tarde cualquiera, al finalizar las clases, la joven decidió sonreír y dejar ver sus impactantes ojos verdes. Mauricio se sintió ganador, sin imaginar cuán enredados iban a ser los hilos de su vida a partir de entonces.

Desde ese día, Mauricio —quien hasta ese momento solo escribía fórmulas matemáticas y trigonométricas— comenzó a buscar poemas de amor para leer. No abandonó los números, pero se acostaba tarde buscando palabras dulces en los versos que encontraba. ¿Cuál era su

pensamiento? Hablar con la joven de los maravillosos ojos verdes. Mauricio la había idealizado. Para él, era una muchacha inocente, llena de alegría y ternura, capaz de transformar la vida de cualquier ser humano que conociera.

Pasaron varios días y solo intercambiaban sonrisas. Sin embargo, la chica ya había comenzado a tejer su estrategia, y si Mauricio no se hubiese dedicado siempre a barajar números y fórmulas, se habría dado cuenta de que aquellos ojos verdes, aunque hermosos, escondían fracasos que ella necesitaba olvidar.

Uno de esos días en que el cielo azul y el canto de los pájaros invitan a la imaginación a volar, a soñar y a trasladarse al mundo más perfecto que pueda existir, Mauricio sintió la necesidad de hallar un lugar tranquilo que calmara su ansiedad. Se dirigió a la biblioteca con la esperanza de encontrar un libro que respondiera a las interrogantes que lo atormentaban desde que conoció esos ojos verdes, distintos a todos los que alguna vez había visto.

Entró en la biblioteca y sintió que allí reinaba el silencio que su alma necesitaba. Comenzó su búsqueda… y tropezó con los ojos verdes que lo perseguían. En el fondo de la sala estaba ella. Hizo como si no la había visto, pero un escalofrío recorrió su cuerpo; quiso huir, pero sus piernas y su cerebro no le obedecieron. Casi como un sonámbulo, caminó hasta la mesa donde se encontraba la joven, tomó al azar cualquier libro y se sentó frente a ella.

La saludó con un tímido "hola" y, de reojo, miró el libro que ella tenía entre las manos. Armándose de valor, preguntó:
—¿Te gusta la poesía?
—No he leído mucho sobre poesía, prefiero las obras filosóficas —dijo Mauricio con cierta timidez.

La joven lo miró con ligereza y una sonrisa enigmática se dibujó en su rostro.

—No comprendo la filosofía, pero… ¿qué libro querías escoger de aquí? —preguntó con un tono entre curioso y distraído.

A Mauricio le temblaron las piernas, las manos y todo el cuerpo, como si un frío intenso lo hubiera invadido de pronto. Ni siquiera recordaba si alguna vez había leído algo de filosofía; su vida giraba en torno a la física y la química. Sin embargo, aquella chica despertaba en él emociones que jamás había sentido.

—¿Y tú? —preguntó, esforzándose por mantener la calma—. ¿Qué estudias?
—Ingeniería química —respondió ella—, pero siempre tengo tropiezos con las matemáticas.

En ese instante comenzó a llover. Ella se apresuró a cerrar su libro.
—Vivo un poco lejos, y no quiero mojarme —dijo con un breve gesto, despidiéndose con un seco "adiós".

Mauricio se quedó inmóvil, mirando la puerta por donde había salido. Pensó que había perdido la oportunidad perfecta para ofrecerle su ayuda, y todo se había visto empañado por una simple llovizna.

El fin de semana pasó entre fórmulas y cálculos. Mauricio se sumergió en los problemas planteados en clase y, por momentos, casi olvidó el incidente de la biblioteca. Su amor por los números y las investigaciones seguía siendo tan grande como en su infancia, cuando jugaba a ser científico, experimentando con objetos que no siempre eran seguros para su edad.

Llegó el lunes. Mauricio arribó muy temprano a la universidad porque

su hermano lo había llevado en el coche. Se sentó junto a una pequeña fuente, justo antes del pasillo que conducía al aula de matemáticas. El sol comenzaba a mostrar sus primeros rayos cuando decidió entrar. Tomó asiento. Poco después entró el profesor y comenzó la clase. De pronto la vio: estaba allí, más bella que nunca, inclinada sobre su cuaderno, mordisqueando un lápiz. Mauricio intentó mirar hacia otro lado, pero le resultó imposible; sus ojos, rebeldes, buscaban siempre el lugar donde ella estaba.

Sonó el timbre. Los estudiantes comenzaron a salir. Ella permaneció un momento más, concentrada en su cuaderno. Mauricio se acercó con un gesto forzado, disimulando los nervios.

—Disculpa —dijo, señalando el cuaderno—, ¿ese teorema lo entendiste? Creo que me perdí a la mitad.

Ella levantó la vista y lo miró divertida.

—Soy un poco lenta en matemáticas —respondió—, pero imagino que tú eres el chico serio que se esconde detrás de las fórmulas.

Mauricio sintió que su cuerpo se agitaba tanto como las hojas de los árboles bajo una tormenta. Aquel fue el inicio de una serie de encuentros que durarían casi hasta que ambos concluyeran sus carreras universitarias.

Al día siguiente, Mauricio llegó a la universidad con la ilusión de que todo el aula se había transformado. Pero la realidad era otra: el mismo pizarrón mostraba aún las fórmulas incompletas del día anterior; un grupo de estudiantes discutía acaloradamente en un rincón, y el ruido se mezclaba con el eco de los pasos en el pasillo.

A pesar del bullicio, ella estaba allí, en medio de la discusión, con su

uaderno abierto. Mauricio miró de reojo y le pareció que las páginas estaban llenas de garabatos y dibujos: no había números, ni fórmulas, solo trazos desordenados.

Intentó acercarse, pero el profesor entró al aula y comenzó la clase. Mauricio se sentó e intentó concentrarse, aunque su atención seguía fija en cada gesto de la joven. La clase —difícil incluso para él— se le volvió incomprensible. Las letras corrían, los números se desvanecían ante sus ojos, como si el viento los borrara y los llevara lejos, muy lejos…

Ella levantó la mirada y apenas le sonrió.

Mauricio no alcanzó a notar que su sonrisa no era afectiva, sino ficticia.

—A veces me gusta leer versos —respondió ella.

Y Mauricio, quien jamás había sentido interés por la poesía, comenzó a buscar en su memoria algo que pudiera armonizar con los pensamientos que guardaba en sus apuntes… y con la respuesta de aquella joven de ojos verdes.

La fórmula desapareció de su mente. Solo vio los hermosos ojos verdes de la chica que lo habían sorprendido desde la primera vez que los contempló al entrar en la universidad.

Terminó la clase y Mauricio seguía enredado en sus pensamientos, cuando una voz suave lo sacó de su ensimismamiento:
—¿Podrías prestarme tus apuntes? —dijo ella en tono bajo, casi suplicante.

Mauricio giró la cabeza. A su lado, sentada con total naturalidad, estaba ella, tranquila, como si lo conociera desde hacía muchos años. El

corazón le dio un vuelco y, por un instante, no pudo responder.

—Sí… sí, claro —balbuceó, mientras le entregaba el cuaderno.

—Eres un genio —comentó ella sin levantar la vista—. Yo no entiendo ni la mitad de lo que el profesor dice.

Mauricio sintió que su cuerpo ardía. Nadie antes le había dicho que su amor por los números fuera algo especial. Por primera vez comprendió

que su manera de entender el mundo tenía un valor.

—Bueno… siempre me gustaron los números —respondió en voz baja. Ella levantó la cabeza, y sus ojos verdes se clavaron en los de Mauricio con un brillo intenso.—Eso es muy bueno, porque a mí me gusta que me expliquen cuando no entiendo.

Mauricio tragó saliva. Intuyó, sin comprender del todo por qué, que aquella frase tenía un doble sentido. Lo que no podía imaginar era que ese sería el inicio de un lazo tan intenso como enredado, un juego en el que las reglas no las pondría él.

Al día siguiente, Mauricio llegó temprano y fue directamente a la biblioteca. Ella, al no encontrarlo en el salón de clases, comenzó a buscarlo. Durante la noche, la joven de los ojos verdes había trazado un plan: no uno de estudio, sino una estrategia para dominar poco a poco la voluntad de Mauricio.

Lo encontró entre los estantes y caminó directamente hacia él.

—Hola —dijo sonriente, con una voz dulce que parecía deslizarse en el aire—. Mauricio, ¿me puedes explicar otra vez la fórmula de ayer? Tú haces que todo parezca fácil, pero yo sola me enredo…

Mauricio, un poco nervioso, respondió:
—Claro… no es difícil. Mira, si despejas esta x y multiplicas aquí, todo encaja. ¿Ves? Ya está la solución.

Ella se acercó un poco más, bajando la voz:
—¿Sabes? Me gusta cómo explicas… contigo puedo entender.

Mauricio, algo ruborizado, balbuceó:
—¿De verdad te parece?

Ella lo miró fijamente a los ojos y le contestó con voz suave:
—Sí, pero no solo eso… cuando explicas, me gusta la manera en que me miras. A veces siento que el mundo se detiene ante mí.

Mauricio sintió cómo el aire se espesaba a su alrededor. De pronto exclamó:
—¡Ya es hora de la clase, y seguimos aquí en la biblioteca!
Ella se levantó apresurada y salió. Mauricio recogió sus apuntes y la siguió. Por suerte, el profesor llegaba justo cuando cruzaron la puerta del aula. Ella tomó asiento, y él se sentó en el único lugar libre.

Durante la clase, Mauricio intentó concentrarse, sabiendo que ella probablemente no entendería mucho. Al terminar, se acercó a su escritorio y comprobó que, como siempre, su cuaderno estaba lleno de garabatos. Sin embargo, esta vez la tarea estaba copiada al detalle.

—¿No te cansas de estudiar? —preguntó ella con una sonrisa traviesa —. Me parece que necesitas que alguien te saque de los libros.

Mauricio, incómodo, bajó la mirada y respondió:
—Bueno… yo siempre he sido así.

Ella se inclinó un poco hacia él, y con una expresión casi desafiante

dijo:
—Pues yo voy a ser la culpable de que un día cierres los libros por un rato… y no me digas ahora que no —dijo ella con una sonrisa que mezclaba dulzura y dominio.

Mauricio, titubeando, respondió:
—Yo… no sé. No soy persona de salir a distraerme.

Entonces ella, cogiéndole la mano con decisión, dijo:
—Pues tendrás que acostumbrarte, porque a mí me gustan las cosas a mi manera. —Y, despidiéndose con un leve gesto, añadió—: Mañana nos vemos en la biblioteca para practicar lo de hoy.

Mauricio, aún inseguro, balbuceó:
—Bueno… si tú no me enseñas, seguro que repruebo… y no creo que quieras eso, ¿verdad?
—Claro que no —respondió ella.

—Yo te voy a ayudar siempre —dijo Mauricio con sinceridad.

Ella lo miró con una mirada penetrante y añadió, casi como una advertencia:
—Eso espero, porque contigo sí puedo avanzar.

– Donde las miradas se convierten en palabras.

Capítulo 2.
– Los ojos verdes

Al día siguiente, la joven fingió no entender un problema sencillo. Mauricio, con paciencia, lo explicó varias veces. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que ella no prestaba la más mínima atención:
jugaba con su mirada y lanzaba comentarios irónicos, triviales, como si el estudio fuera apenas un pretexto.

Por primera vez, él se sintió molesto.
—Si no quieres aprender, déjame en paz —dijo con voz firme.

Ella sonrió, divertida.

—¿De verdad? ¿Te atreves a hablarme así? Pensé que eras distinto, Mauricio… pensé que eras dócil.

Esa frase quedó suspendida en el aire como una daga invisible.

Esa tarde, Mauricio regresó a la casa que compartía con su hermano. Por primera vez, los apuntes del día estaban en desorden. Las palabras de ella retumbaban en su mente, y algo dentro de él se había quebrado.

Pasaron los días y decidió evitarla. Caminaba por pasillos diferentes, buscaba otras rutas para no encontrarse con aquellos ojos verdes que lo confundían. Pero un día, con la misma seguridad que lo había fascinado y dominado desde el principio, ella lo esperó a la entrada de la universidad.

—Últimamente me evitas —dijo con tono de reproche—. Ya no quieres ayudarme.

Mauricio intentó justificarse, pero entonces ella lanzó una frase que lo hirió en lo más profundo:
—Recuerda que solo yo hablo y comparto contigo. Sin mí, eres totalmente invisible.

Aquellas palabras lo sacudieron. Por primera vez entendió que ella no lo valoraba, que lo estaba usando para alimentar su propio ego.

Desde ese día, Mauricio cambió. Evitaba los encuentros, llegaba al salón de clases solo cuando el profesor entraba y salía justo después de él. Su mundo volvió a girar alrededor del silencio, los libros y las fórmulas.

Pasó un mes. Ella, acostumbrada a dominarlo, sintió que no podía perder lo que había construido.

Mauricio, por su parte, comprendió que ella no era tan inocente como había creído, y ella, a su vez, descubrió que había roto una cuerda difícil de reparar.

Después de pensarlo mucho, decidió intentar algo más arriesgado: seducirlo abiertamente.

Un día, cuando Mauricio iniciaba una de sus caminatas diarias cerca de una pared que daba a un pequeño jardín, ella se le acercó… quizás demasiado. Él no supo qué hacer; sentía la misma atracción que lo había desbordado desde el primer día, pero también un miedo extraño, una sensación de pérdida de control.

—Por favor… guarda distancia —dijo nervioso, retrocediendo un paso.
Ella rió suavemente y lo retó:
—¿Tienes miedo de ti… o de mí?